

### La carta

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Demasiada naturalidad para ser verdadera. Cristóbal había sacado la carta del bolsillo al pretender encontrar un recibo cualquiera para mostrárselo a su mujer. Y allí estaba la carta.

De inofensiva apariencia y nada misteriosa. Simplemente una de esas cartas que llegan por el correo oficial, terrestre y tardío. Ella preguntó irónica:

—¿Quién te escribió?

¿Por qué preguntaba siempre así, en un tono seco, irritante, que indisponía de una vez el ánimo? Se estaba de inmediato ante la disyuntiva de contestar desabridamente, en el mismo tono, o batirse en retirada. El, después de un brevísimo silencio, adoptó un tono intermedio:

—¿Quién? Ah si... es una vieja carta.

—Vieja no, ¿de quién es?

—No tiene importancia.

—Entonces ¿por qué no la rompes?

Había en la voz tan marcado acento de provocación, irrazonada e inesperada, que Cristóbal prefirió no estimularla. Simuló concentrada atención en el acto de quitar las mancornas de la camisa que iba a cambiarse para transferirlas a la otra, y se abstuvo de contestar.

—¿Qué tontería! Como si no supiera yo de quien es —dijo Mercedes, ácidamente.

—Está bien. ¿Si sabes para qué lo preguntas?

—Por ver qué decías. Ya sé que es de Teresa. Le conozco la letra a leguas. ¿Y por qué te escribió?

—¿Qué tiene eso de particular? Siempre me cuenta sus cosas.

—¿Qué dice?

—Nada especial.

—¿Nada? Ya me imagino.

—Pues imagínate. No es imaginación lo que te hace falta a ti.

—Se me pone que debe andar en problemas, como siempre.

—¿Y qué? ¿No te importa?

—Podría escribirme a mi. Al fin y al cabo...

Lo dijo sugestiva, venenosamente. El se enfureció en un solo instante:

—¿Para qué iba a escribirte? ¿De qué le serviría? Te conoce demasiado.

Mercedes calló por un instante y se puso pálida. Le había llegado el agravio pero decidió ignorarlo. Preguntó:

—¿Y a ti por qué? Ya me figuro... Todo el mundo te conoce la blandura de corazón. Pobre Teresa. No irá nunca a ninguna parte. Eso se sabe. Lo he dicho toda la vida. Pobre Teresa.

Era como si le satisficiera por anticipado y a pesar de todo suponer cumplido un adverso vaticinio.

—Si, pobre. Hablas de ella como si fuera el ser más remoto del mundo.

—¿Cómo quieres que hable, entonces? Muéstrame la carta.

—No vale la pena.

—¿Ah, no puedo leerla? Esta bien. Tampoco hace falta. Lo más seguro es que no me menciona.

Si la mencionaba. Era una carta —la de Teresa— humilde y triste. Había en ella un renglón que Cristóbal recordaba con sus palabras exactas: “no le muestres esta carta a Mercedes. Ya sé lo que dirá...”.

Los dos lo sabían. Pero no había para que hacer alusiones ingratas.

—¿Y qué? ¿Les fue bien en el viaje?

—Pésimamente. En el camión ese les quebraron las cositas. Ni siquiera tenían una cama en buen estado para acostarse la primera noche. Hasta les llovió en el camino y no tuvieron cobija seca para taparse. La casita de la escuela, según parece, es un ranchito miserable.

Mercedes guardó breve silencio. Estaba conmovida y molesta. Por alguna razón inexplicable —que nunca en su carácter era razón completa— se negaba a permitir que la emoción primase sobre el disgusto. La pugna entre tales sentimientos contrapuestos persistía en su ánimo en una beligerancia visible en la mirada esquiva y los labios plegados que el gesto adelgazaba más, en apariencia, prolongándolos hacia las comisuras en leve arco desdeñoso, hacia abajo, que la envejecía innecesariamente. Dijo al fin, con una especie de suavidad agresiva, mientras continuaba doblando, hábil y metódica, la pijama del marido para meterla bajo la almohada:

—Claro. Es la clase de cosas que le suceden siempre a Teresa. No sé por qué tenía que aceptar esa escuelita en la cola del mundo. Era mucho mejor la de antes.

—Naturalmente. Pero estaba obligada aceptar lo que le dieran, ¿comprendes?

—¿Por qué?

—Porque no está escalafonada. Es una pobre maestra rural, sin un centavo, viuda y con un hijo, por añadidura.

—Claro.

—¿Qué es lo claro? ¿La política del gobierno en la selección de sus educadores? ¿La deficiencia de la hermana para ocupar un puesto mejor? Era como si, desprovista de elementos de juicio, no se decidiera a censurar abiertamente al uno ni a la otra.

—¿Y el niño qué?

—Se le complicó la bronquitis que ya llevaba.

—Por supuesto, era de esperarse. Fue una locura imperdonable llevárselo así.

—¿Qué podía hacer entonces?

—Dejarlo aquí hasta que se mejorara e irse sola.

El marido adujo con cierta reticencia:

—Desde luego habría sido lo mejor y más sensato. Pero, que yo sepa, tú no te ofreciste para cuidar de él.

—¿Y tú? ¿Por qué no te ofreciste tú?

—No me correspondía. La señora de casa eres tú, y ella es hermana tuya, no mía.

—Ah, sí, ya sé. Te conozco como a mis manos... —dijo con sarcasmo—.

—¿Y eso a qué viene? Yo, en cambio, no llego a conocerte nunca.

Se contuvo a tiempo. Hubo un instante fugaz en que hubiera querido decirle todo, absolutamente todo. Era cierto que nunca acaba de entenderla, a aquella mujer tan suya, tan bien querida, tan cercana y a veces tan lejana e imprevisiblemente odiosa y enemiga. Cuando pensaba en ello volvía siempre a las mismas perplejidades.

Cómo podían coexistir en esa mujercita activa, eficiente, leal y abnegada hasta el fondo, dos naturalezas tan reñidas. La vida común —en veinte años de matrimonio y batalla— estuvo siempre batida por esa dualidad extraña. A veces polarizada en uno u otro extremo. Otras fluctuando entre ellos, cautelosa, vigilante, limitada por una íntima reserva del marido que acaso nunca sospechara la esposa.

Alguna ocasión, cuatro o cinco años antes, Cristóbal estuvo gravemente enfermo. Mercedes permaneció a su lado siempre, en todos los instantes. No era la suya una grave o resignada presencia sino la cierta y sencilla y confortadora compañía. Se sentaba junto al ventanal, abierta a medias la persiana, sin levantarla, y cosía horas enteras, cerca de la cama, sin parecer cansada nunca. El la contemplaba así, inclinada sobre su labor, sin que Mercedes lo advirtiese, y experimentaba la vieja certidumbre de que la amaba, de que seguía amándola. Conservaba, bajo la luz suave de la ventana, una última belleza apacible que la aniñaba pese a las primeras canas que la luz sesgada y quieta ponía en evidencia. Era, de frente al mentón, un rostro tranquilo, algo alargado y pálido. La nariz, levemente aguileña, se proyec-

taba sobre la boca delgada, a causa de la inclinación, y a veces parecía como si rezase en silencio. De repente levantaba la cabeza sorprendida:

—¿Ah, estabas despierto? ¿Por qué no me llamaste?

—¿Para qué? estaba mirándote.

También ella le miraba ahora sonriendo, sin tensión alguna:

—¿Quieres algo, mi amor?

—Nada, hija...

—Un vasito de jugo de naranjas... Las he exprimido yo misma después de pelarlas, para que sean puro jugo verdadero.

Contaba luego que el jardín estaba como resucitado después de las lluvias que en la tarde y noche anteriores habían puesto fin al verano de marzo. La tierra de las eras se veía negra y blanda y uno sentía la emoción de hundir en ella las manos.

—¿Sabes, viejo? Es como si las matas comprendieran. Si vieras lo contentas que están.

Traía, de todos modos, el jugo de naranjas, en un alto vaso de flores esmeriladas, sin haber filtrado antes el líquido, pues sabía que lo prefería en su densidad natural, sin adición azucarada. Y luego, mientras lo bebía, tornaba a mullir las almohadas y a comprobar que la inclinación superior del lecho estaba correcta y satisfacía plenamente al enfermo. Sentada, en ocasiones, a sus pies, le miraba en silencio, con mirada quieta y profunda, y luego, como sobresaltada, apartaba los ojos temerosa de inquietarle mostrándose ansiosa. Y para borrar en el semblante amado toda sombra de inquietud, le besaba riendo, con los ojos húmedos y decía con vehemencia un tanto excesiva:

—Estás muy bien hoy... vida mía... Tienes la cara más llena.

Pero sufría en silencio. Algunas noches, al despertarse Cristóbal en altas horas, la oyó sollozar apagadamente entre las almohadas del lecho contiguo.

Por raro que pareciese, fueron aquellos unos días felices. Cuando el peligro hubo desaparecido y más tarde, ya fortalecido, en dos semanas de convalecencia, los dos se fueron a Bocagrande, un agreste sitio del Pacífico que visitaron por vez primera en un tiempo ya lejano.

Poseía una cabaña cerca a los caños y los manglares, a cien metros del mar, y a un par de kilómetros del caserío. Era apenas un refugio elemental, construído en maderos burdos, desechados en gran parte por el mar, cubierto de hojas de palma. Ni siquiera lo conocían de antes porque fue levantado sobre instrucciones y diseños desde la ciudad por Cristóbal y su mujer. Una habitación única con su cocinilla y un pequeño cuarto de baño. Al frente un corredor amplio con barandales de guadua entretejida y el mar delante.

Todo ello, incluídos los muebles burdos, de simple madera aserrada, y las dos hamacas de lona listada en verde y blanco, había costado poco más de un sueldo mensual de Cristóbal. Pero era encantador y la realidad del encuentro de la cabaña fue tan grata como la ilusión que de ella se habían forjado. Tenían que valerse solos pero lo hacían con gusto. Una muchachita del caserío, hija del champero que eventualmente había de conducirlos en sus andanzas por canales y esteros, venía todas las mañanas a tender las camas y ocuparse durante una hora de la limpieza.

En los primeros días hacían solo cortos paseos por la playa y regresaban cuando empezaba a calentar el sol para bañarse en el que ya tenían como su trocito privado de mar. Mercedes tenía miedo de que el marido se fatigase. Lo trataba como a un niño y no cesaba de consentirlo, dosificando su ejercicio, vigilando su alimento, atendiendo al empeño de restaurarlo con una tan delicada solicitud que Cristóbal, sin dejar de someterse lo tomaba a broma.

Un día al final de la segunda semana, iniciaron por fin las caminatas costeras que habían ambicionado. Se marcharon apenas amanecido, y, andando hacia el sur, llegaron a la punta de Güinolero, que distaba doce kilómetros de su casa. Una pareja de nativos se dedicaban allí a la pesca de la langosta. Flotaban cerca a la orilla, en el agua, panda, igual que móviles boyas, unas cestas de mimbre a medias sumergidas, con los crustáceos vivos, recién cobrados, mientras terminaba la batida. Se les veía allí, como entre rejas, cautivos, lentos, avanzar las antenas entre la separación de los bejucos en un intento de fuga incesante y siempre frustrado, lo mismo que pequeños muñones sangrientos.

Mercedes, temerosa, se aventuró no obstante en el agua desconocida que le llegaba a la mitad de los muslos, para observarlos, curiosa y compasivamente al tiempo. Y cuidadosa de no acercarse a los prensiles apéndices. Hablaba, enfática, de la crueldad

del hombre, amo del mar y de la tierra, que todo lo sacrifica sin piedad a su interés y deseo. Luego fue a tenderse de espaldas sobre la arena para tomar el sol, cubierta la cara con un gran sombrero de paja. Pero no lo hizo antes de haber localizado al patrón de la canoa y obtenido promesa de llevarle dos langostas para el almuerzo del día.

—Grandes —le dijo—, las mejores que tenga. Y puede llevarnos un par todos los días. No se olvide.

Explicó a su marido que dos serían bastantes porque la langosta es un plato fuerte y pesado y no conviene comerla de noche.

—Pero es exquisita, ¿no te parece? Para mi gusto es el mejor de todos los mariscos. La perspectiva de adobarlos por sí misma, llenaría ya de ilusión toda su mañana. Era una buena cocinera y sabía moverse con expedición entre sartenes y cazuelas.

Cuando se hubo aquietado al amor del sol, Cristóbal se puso a contemplarla así, relajada, tranquila, medio desnuda en su traje somero, de dos piezas, confeccionado en satín negro, que tanto había vacilado en adquirir por parecerle demasiado audaz e impropio para su edad. Le sentaba bien, sin embargo. Tenía cuerpo menudo y armonioso, estrecha cintura, piernas finas y tobillos bien definidos. Demasiado blanca, con esa blancura de las mujeres mediterráneas, sencillas amas de casa, cuya piel apenas conoce el beso solar y por eso en la playa parecen más desnudas, un tanto extrañas y sorprendentes, en cierto modo tímidas y desvalidas.

Bonita todavía a pesar de sus cuarenta años. Levemente rosado el huequecito del ombligo en mitad del vientre liso, enjuto. La edad estaba solo en las sutiles líneas que le cruzaban el cuello y en la oquedad un tanto marchita y descarnada de las axilas apenas si cubiertas de un bello ralo, rojizo, sin intención ni sabiduría.

Decapitado por el ala del sombrero que ocultaba su cabeza hasta el mentón, aquel cuerpo de mujer ahora dormida, que respiraba confiada y pausada, le pareció de súbito un hecho incongruente, aparte de sí, en un plano distinto e impersonal y no obstante iluminado de confusa piedad.

Rara, contradictoria piedad por aquella mujer a quien desposó cuando tenía veinte años, en el primero de su carrera de

abogado, cuando él mismo llegaba apenas a la mayoría de edad. Tiempos duros, sin nombre ni dinero, que se prolongaron por toda una época que parecía interminable. Con largos períodos ilusionados, vagamente bohemios, viviendo en humildes casas apartadas, juntos, amigos, compañeros y, con todo, nunca identificados ni solidarios a plenitud. Los hubo en que Mercedes iba a la tienda en persona, con solo el dinero de cada día. Lo hacía con naturalidad, contenta de obtener algo un poco mejor de lo corriente por sus monedas contadas. Hacía ella misma sus trajes en la máquina de pedal de una vecina. Reformaba sus viejos sombreros y estaba ufana de ellos. No se ameritaba por hacerlo ni quería sacar partido personal de cosa alguna. Cuando empezaron a medrar un poco —en la primera judicatura que Cristóbal logró alcanzar durante su inicial experiencia—, fue Mercedes quien se opuso a un inmediato cambio de vida. Procedía de una gente campesina, acomodada, rigurosa, prudente, acostumbrada a la ambición sin impaciencia, mediante la cual se hace en treinta años un discreto patrimonio familiar.

¿Por qué, entonces, surgida de no se sabía donde, aquella almita desapacible, turbada, resentida, y aquel corazón seco, hostil, casi inhumano que afloraba de pronto?

¿De qué reserva sombría el impulso de aquella noche de lluvia, en la casita de barrio pobre, que entonces habitaban, cuando un niño anónimo vino a pedir un poco de comida, y causó inocentemente un exabrupto abominable? Fue Mercedes quien abrió la puerta y oyó el ruego. Estaba el pequeño mendigo pegado a la puerta para librarse del agua oblicua que invadía la acera, y casi llegó a perder el equilibrio cayendo hacia adentro al faltarle imprevistamente el apoyo...

—¿Ajá? ¿Qué te pasa? ¿Qué hace aquí, recostado a la puerta con ese costal mugriento? Lárgate en seguida.

¿Un sobraíto no tiene, señora?

—Nada. Se acabó todo.

Quizá no era cierto. Nunca lo es en verdad. Siempre queda un último mendrugo o un centímetro de sopa en alguna vasija sobre el aparador. Lo sabía ella, de seguro, y no lo ignoraba Cristóbal que escuchaba el diálogo abrupto...

—Oye hijita... oye un momento...

Ella remató apresurada y contundente:

—Deja, deja. Esto es asunto mío... Y tú, mocoso, te vas. Me estás volviendo un mugre la puerta.

Cerró con violencia y tornó a sentarse en el pequeño jol donde antes charlaba con su marido, pero en una silla más distante. La intimidad se había roto. Ya no le miraba, como si, de algún modo imprevisto, se hubiera producido un desacuerdo hondo. Tenía los labios plegados, desabridos. Se estuvo allí, en silencio, uno o dos minutos más. Luego dijo con videncia súbita:

—Por lo visto te has quedado mudo. Está bien. Me voy a la cama.

Y aquella noche se inició toda una semana de silencio enemigo.

Ocurrencias tales, semejantes por el modo irrazonable como se presentaban para turbar la armonía conyugal, cualquiera que fuese a la sazón el grado de bienestar y dulzura que atravesasen, surgían de nuevo, exasperantes de acritud. No importaba que en el decurso de las horas buenas Cristóbal se esforzase en demostrar objetivamente, sin expresarlo, cómo esto era lo sensato y consecuente entre dos que se quieren. No que ella desestimase ese encanto simple, leal y tranquilo que en tales épocas entregaba por su parte con una solicitud capaz de enriquecer en generosa medida la paz de las horas.

Era en esta alternación extravagante e ilógica de la conducta en la que radicaba el absurdo. Que por serlo provocaba en el hombre relámpagos violentos, traducidos en rudas palabras que hubiesen parecido excesivas a quien no conociese por cuál reacción de vieja inconformidad llegaba el hombre a ellas, para sentirse luego descontento de sí mismo, áridamente vacío y estéril, sin remordimiento ni alegría.

Veíala en este momento, tendida al sol, dormida sobre la arena, tan pequeñita, tan extraña. Había pasado apenas cinco o seis semanas después de aquella noche, en la oscuridad de la alcoba, cuando al despertarse de repente en su cama de enfermo había tenido, más que la conciencia el presentimiento de su cercanísima presencia. ¿Cuánto tiempo llevaría allí, entre la sombra ominosa, quieta, azorada, sin atreverse casi a respirar para no despertarlo? ¿Qué soledad indecible había sido aquella y qué pavores misteriosos habrían pasado por su mente? Aún seguía ca-

llada, apenas si más evidente y manifiesta. Se dobló sobre la almohada y cuando la mano ciega de Cristóbal halló su rostro, supo que lo tenía cubierto en lágrimas. Pero no gemía ni sollozaba. Paseó por toda su cara una mano trémula, indecisa, que le cosquilleaba la barba dura de la madrugada, y le oyó susurrar, lenta, desolada:

—Te quiero... Te quiero... Cómo te quiero, Dios mío...

\* \* \*

—De modo que el niño...

—Parece que está malo de verdad. Nunca ha sido un muchachito muy fuerte... Y como, por otra parte, Teresa no puede atenderlo como es debido...

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Tiene que atender a su escuela, ya comprendes.

¿Y que más te dice? ¿Por qué no dejas tantos misterios y me muestras esa dichosa carta?

No tiene objeto. Pobre chiquillo... Enfermo y todo y no hacía más que llorar. Como a Teresa se le perdió el gatico en el viaje...

—¿Se le perdió? Qué estúpida. Más valiera no habérselo regalado.

Rompió a llorar, sin más, desgarradamente. Hipaba, sin voz, con verdadera angustia.

—El gatico... Que pesar... Que pesar...

Cristóbal la miró en silencio, así abatida, con la cara entre las manos abiertas. Fluían las lágrimas por entre la separación de los dedos. Dijo en voz baja, seca, apartando la mirada:

—Está bien... el gato. Es lástima. ¿Pero es que no puedes pensar en Teresa, que es tu hermana? A estas horas su hijo ya debe haber muerto.

Pero esta carta no era la de Teresa...